Tomo 9

REPERTORIO AMERICANO

Núm. 15

San José, Costa Rica 1924 Lunes 15 de Diciembre

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Dante y la idea imperial

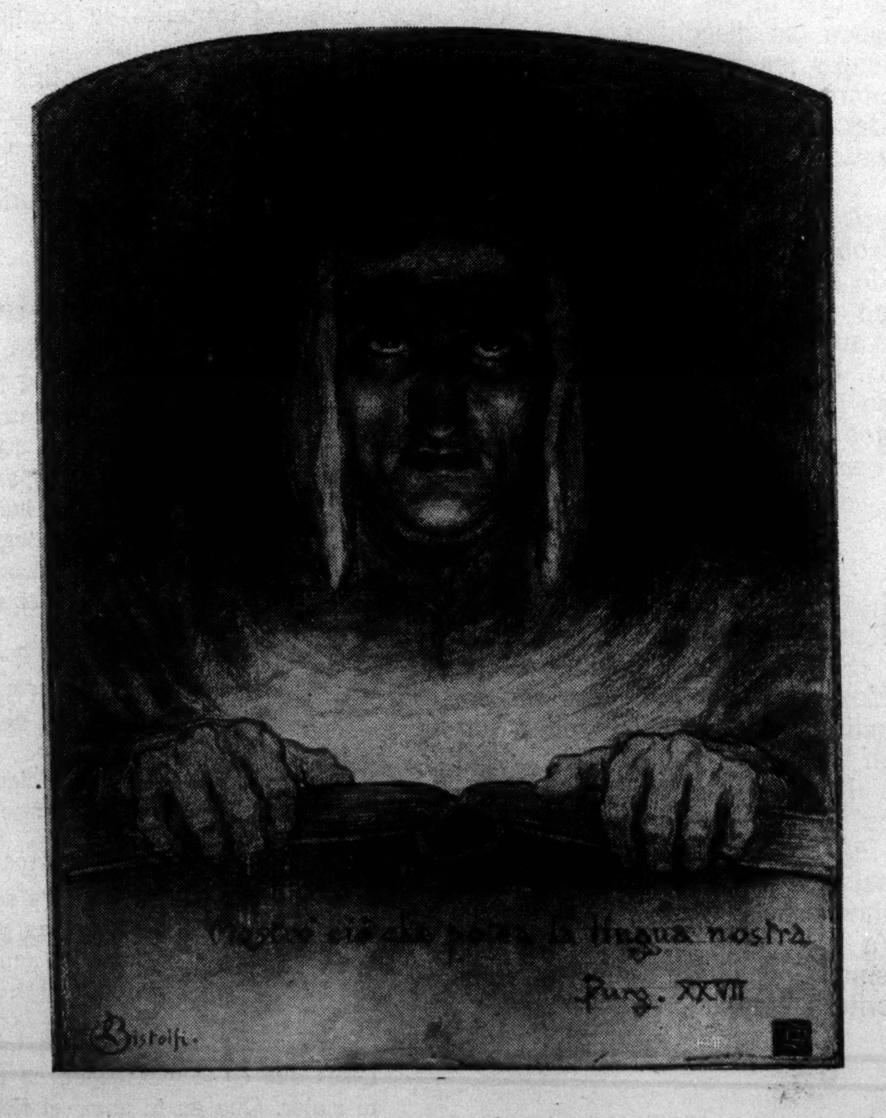
(De *Revista de Revistas,* México, D. F.)

«E cosi si manifesta la imperiale maestà...»

Il Convito.

1

DIFÍCILMENTE se hallaría en los fastos de la historia intelectual de la humanidad, un hombre más grande que Dante Alighieri. Grande el poeta, único, supremo; y el pensador, casi tan grande como él. Clausura la edad media y abre con áurea llave—el elogio de la lengua vulgar—los tiempos modernos. Es el último cisne de un mundo que muere y el primer anunciador de un mundo que nace o renace. Tiene la majestad de los semidioses de la leyenda, y el dolor y la tribulación de una raza. Es una fuerza moral y un pensamiento armonioso. Nadie le iguala; nadie le supera. Los mayores ingenios de la edad moderna son sus vástagos. Todos los artistas que, como Cervantes o Goethe, han sabido dar a la vida un sentido trascendental, cobíjanse bajo la sombra de su gloria. En él, el catolicismo tuvo un poeta igual a Homero, y la humanidad un representante genuino de la alteza de su anhelo. La augusta luna virgiliana, como que se decora con el prestigio de nuevos fulgores al iluminar las lobregueces del Infierno Situado en el vértice de los tiempos, como el dios Enero, mira confiadamente hacia la brumosa ciudadela del porvenir y hacia la montaña confusa y temerosa del pasado. Alfa y omega, aurora y ocaso, fe y pensamiento, libertad y poesía, todo eso es Dante...



DANTE

Visto por LEONARDO BISTOLFI

2

En un siglo de luchas por el Papado o el Emperador; cuando aún rugían las tormentas del Sacerdocio y el Imperio, siendo italiano, fué gibelino, es decir, imperialista. Expone, en su Convivio, los fundamentos racionales de la idea imperial; porque hay

que advertir que, para Alighieri, a diferencia de lo que dicen hoy los partidarios del imperialismo, la base de la dominación humana no radica en la fuerza, sino en la razón misma.

3

«La fuerza no fué la razón determinante del Infierno, como lo creen los disputadores, sino la razón ocasional; como los golpes del martillo son la causa del cuchillo; pero el alma del herrero es su razón eficiente y determinante».

4

El fundamento de la majestad imperial es, para Dante, la necesidad, añeja a la sociedad humana, de realizar su fin, esto es, la vida feliz, *vita felice;* irrealizable sin la ayuda del prójimo. Un hombre necesita de la familia, como la familia de otras familias más, sin las cuales carecería de lo necesario. Y como los vecinos no se bastan a sí propios, es menester que la ciudad exista. Pero la ciudad reclama, para su trabajo y defensa, del auxilio de otras ciudades próximas. Por esta razón se fundan los reinos. Y como el alma humana no se contenta con poseer un territorio determinado, sino que desea siempre adquirir más gloria y poder, nacen las discordias y las guerras que se suscitan entre los reinos. Esas tribulaciones hieren y maltratan a las ciudades humanas, y, a través de las ciudades, a los hombres mismos. Todo, entonces, coadyuva a disminuir o destruir la dicha. Por esto es menester, agrega Dante, que un solo príncipe, *dueño universal,* y, en tal virtud, definitivamente poderoso, «obligue a los reyes a contentarse con sus reinos, de modo que la paz se derrame por el mundo, y en ella gocen las ciudades de reposo, los vecinos se amen, y el hombre viva feliz, porque para eso nació». Por virtud de su naturaleza, este poder supremo se llama, a secas, *imperio.* Es decir, gobierno de todos los gobiernos. *Di tutti li comandamenti egli* e *comandatore.*

5

En nuestra época hemos visto desaparecer, como por arte de encantamiento, los últimos restos de la majestad imperial. El «Santo Imperio Romano Germánico» ha desvanecídose, sin dejar rastros de su pasada opulencia. Hundiéronse los Hohenzoller en Alemania, los Romanoff en Rusia y los Habsburgo en Viena. Guillermo II, Nicolás II y Francisco José, como los Othones o los Federicos de la Edad Media, son, no más, sombras fugaces de la historia europea, emblemas de la inconsistencia de nuestra fortuna, cetros y diademas deshechos. ¡Ha muerto para siempre la idea gibelina! Ya no puede soñar Dante. El *Convivio* y sus silogismos inspirados, son también, para hablar como la Escritura: «vanidad de vanidades».

6

No obstante, algo alienta en la idea imperial del gran florentino, algo muy hondo y glorioso, de que carece la cultura contemporánea, y que puede conducirla al desastre. ¿Quién ejercerá hoy, en la tierra, la majestad protectora de las gentes, las ciudades, los reinos y las instituciones? ¿Quién velará sobre todos, rompiendo las minúsculas codicias de los poderosos y los desposeídos? Los Emperadores se han desvanecido ante las Repúblicas; pero éstas, gimen en desamparo, y el egoísmo arrecia, la desventura cunde y la felicidad de todos, lejos de estar próxima, mírase tan lejana, como en los días terribles del exilio de Alighieri. Hoy como entonces, llenaría las cárceles del Infierno con los monstruos modernos; tan hipócritas como los de aquel siglo de hierro; tan perversos como siempre; tan ávidos en las postrimerías de la Edad Media como en los comienzos del siglo xx. ¿Quién ejercerá la imperial disciplina? ¿Quién, como Carlomagno o Barbarroja, por tenerlo todo, dejará de codiciar algo? ¿Quién salvará al mundo?

7

Queda la otra gran autoridad espiritual. Subsiste Roma. El Imperio ha desaparecido. El Sacerdocio está en pie. Guillermo II y Francisco José de Austria fueron los últimos vencidos. El Papa aún domina sobre trescientos millones de súbditos. Gregorio VII, Inocencio III, Bonifacio VIII, han muerto; pero un sucesor de su fortuna ocupa el solio de San Pedro. La autoridad imperial se perdió en las páginas apocalípticas de la historia; la autoridad pontifical perdura. Triunfaron los güelfos sobre los gibelinos. ¡Pobre Dante! El mundo necesita, empero, la autoridad de un principio supremo. ¿La Iglesia? ¿La Asamblea de Naciones? ¿La Internacional Socialista? *Ai posteri l'ardua sentenza.* ¡Murió el rey! ¡Viva el rey!

ANTONIO CASO.

DOLORA

Triste camino sin flores
fué el suyo; mientras vivió
ni él olvidó sus dolores,
ni el mundo en paz le dejó.
Mas si no tuvo horas buenas
una al cabo le llegó,
en que él olvidó sus penas
y el mundo de él se olvidó.

CADA LOCO...

Lo de que la muerte a todos
iguala es tan sólo el sueño
del pequeño,
que de la muerte fiado,
de ella espera demasiado.

UNO DE TANTOS

Ya comprendo tus triunfos, ya sé cuánto has subido:
sin cesar tus amigos te alaban por doquiera;
mas lo que de ti piensan, ya también lo he sabido...
¡Ah, los que te sirvieron, leales, de escalera!

A UN MARIDO JACTANCIOSO

Dices que es la más buena de todas las mujeres
tu mujer. Que en tu amor el tiempo no hace mella;
pues, si tánto la quieres,
ya es tiempo, amigo mío, de que lo sepa ella.

JULIO MERCADO

Ante el cortejo fúnebre de Anatole France

(De *La Libertad*, Madrid)

ACUDE a mi memoria, ante el lejano desfile del cadáver de Anatole France, una dulce tarde de París. Había ido a Surennes, a través del Bosque de Bolonia, en exquisita compañía. Desde allí fuimos a Saint-Cloud, a divagar por las avenidas silenciosas y decorativas, henchidas de recuerdos, nobles elegías del tiempo desvanecido. Las fiestas de antaño dejaron bajo la floresta su encanto de otoño, y el susurro de las hojas septembrinas, presintiendo la muerte, sugería el rumor de las confidencias y de las iniciaciones. El río, serpenteando entre las orillas frondosas, nos atraía como una insinuación. Ante nosotros, una isleta propicia flotaba, émula de la isla heráldica de Lutecia: «Fluctuat, nec mergitur...»

Embarcamos al pie de las graderías suntuosas, llenas de añoranzas. El vaporcito nos condujo hacia París como sobre un ensueño. Los nombres familiares de las dos orillas sonaban a mi oído como salutaciones. Pasaba Sévres con su sugestión de vasos de ambigua belleza, ofrecidos al perfume pecaminoso o a la memoria de antiguos ritos sacerdotales. ¿Eran nuevas formas de la urna de Magdalena, oliente a nardo y a cinamomo, inefable rescate de sensualidad, transubstanciación de una copa orgíaca en cáliz lleno de lágrimas expiatorias, o copiaban todavía el jarrón de las favoritas, que sólo pudo purificar un día la sangre de las jornadas terribles?

Pasaba nuestro barco entre las dos orillas. Desde las alturas de Passy parecía asomarse sobre nosotros el París multiforme que han creado para todo lector los ciclos novelescos. Y cuando la gran ciudad apareció de lleno ante la pequeña proa, ofreciéndonos como arcos triunfales las curvas innúmeras de los puentes, el peso glorioso de la historia de París deslumbró nuestra meditación. Sobre nosotros se cernía un bello crepúsculo. Un celaje purpúreo se extinguía allá lejos, en la dulzura de la hora contemplativa. El Campo de Marte parecía levantar las alturas monumentales, tan diversas, que lo limitan; hacia acá, el Trocadero y la torrre Eiffel, esperando nuevos desbordamientos de vida y ansias babélicas; hacia allá, los Inválidos, tumba del Aguila. Después, hasta llegar al Châtelet, jalonado por la torre de San Jaime, y a la bifurcación que abraza la Cité y la Isla de San Luis, coronadas por Notre Dame, el pensamiento se abruma bajo los recuerdos: el Louvre y el solar de las Tullerías nos daban la sugestión de una rivalidad histórica con el Hotel de Ville, y a la opuesta orilla, las torres de la Conserjería se nos antojaban la memoria del terrible rescate que en ella tuvo la gloria de los viejos palacios y la memoria trágica de los balcones del Louvre.

Pero como avanzábamos entre las dos mitades de París, «rive droite» y «rive gauche», entonces invertidas para nosotros porque marchábamos en sentido opuesto a la corriente de las aguas, se me ocurría pensar: ¿No habrá también dos orillas en la marcha histórica de esta gran ciudad madre, dos pechos ofrecidos a la nutrición adversa de los hermanos enemigos? Por modo misterioso debe haber en las urbes señeras una compensación de la gloria aparente y cruel. Tras del carro del César marchaban los histriones, burlándose de sus victorias. Tras de la pompa de los cortejos, cuya púrpura rozagante se confunde a veces con un rastro de sangre, camina el que sabe ver la desnudez de los espíritus bajo la investidura de los nombres.

Orilla derecha y orilla izquierda. Para los viajeros triviales que divagan por los bulevares y las avenidas sin ver el alma de París, y buscan de noche el deslumbramiento de las escenas carnales, creyendo ver el cuerpo de la gran ciudad ginecomorfa, queda en la sombra, invisible, el París de «orilla izquierda», presidido por la venerabilidad de Cluny, la perennidad de la Sorbona, la inmortalidad del Panteón, y, alegrado por las arboledas confidentes del Luxemburgo, el rumor musical de la fuente de Médicis.

Anatole France ha sido, en el avance ideal de Francia, una «orilla izquierda», compensadora de la «otra» Francia. Pasan, opuestamente a él, las glorias impías y fastuosas. Pasan las dinastías y los campeones. Pasan las leyendas en su carroza de quinto acto. Pero ese hombre, retirado en el jardín de Cándido, inscribe en el friso de su puerta la excusa inmortal de aquella grandeza deleznable. Sabe distinguir el pingüino bajo la vestidura del personaje, y escribir, como Rabelais, Swift y Voltaire, su sátira compensadora, no con el restallar de una carcajada sarcástica, sino con la gracia elegante de una sonrisa de perdón. Pero también sabe aparecer en la plaza y lanzar su grito por la justicia herida: su fe, «a pesar de todo», en la futura liberación humana...

Humanidad, por encima de la ceguera patriòtica... Mas ¿no será eso precisamente el supremo patriotismo, que ofrece a la patria el rescate mismo de los excesos cometidos en su nombre y la rebautiza de humanidad? ¿Dónde está la mayor grandeza de un país? ¿En la victoria de los campamentos o en la gracia con que supo hacérsela perdonar? ¿En lo que le aparta de los demás pueblos como un desafío o en lo que le impone a los demás pueblos por irresistible admiración?

¿Alcanzáis a ver, en un rincón doméstico de Alemania, un obscuro ciudadano que acaba de encender su lámpara y se dispone a leer? ¿Qué libro ha abierto sobre su mesa? Es un libro de Anatole France. En ese gesto late una honda y pura reconciliación; he aquí la gran victoria de Francia, que parece implorar el perdón de la otra victoria.

En el Panteón ideal de toda metrópoli digna de serlo dormirá junto al héroe que opuso su pecho como un muro, y junto al poeta que cantó y transfiguró ese esfuerzo, el hombre que supo llevar más allá de las fronteras la fecundidad del espíritu nacional, y continuar la estirpe de los grandes compensadores «orilla izquierda» del gran río.

* *

Alma mía: ¿Por qué piensas doloridamente en los pueblos sin «orilla izquierda», donde, cuales las personalidades compensadoras, buscan y no encuentran jamás la ciudad gemela, la ciudad que haga perdonar con una sonrisa las locuras de la otra? Paseantes solitarios de orilla izquierda en un páramo sin consolación...

GABRIEL ALOMAR

¿A qué debe Inglaterra su grandeza?

Análisis de la novela: *Tom Brown's School days*

A J. García Monge, que con su admirable esfuerzo intelectual, propaga las virtudes que aquí se glorifican

Inglaterra es considerada como la universidad del carácter. En ninguna parte se presta más atención a la belleza del desarrollo mental y físico de la adolescencia.

El pensar y sentir por nosotros mismos, el analizar las más pequeñas cosas existentes, por conocidas que sean de todo el mundo, nos parecerán siempre cosas interesantes y hondas, vistas a través del asombro de nuestra alma.

La literatura inglesa es la que cuenta con mayor número de obras tonificantes para la voluntad.

Además de adornar y deleitar, el arte, crea con sus arquetipos nuevos seres y ambientes nativos en que pueden aquéllos crecer y desarrollarse.

La educación moral del niño y la del joven es alimentada con libros de un fondo sano, hondo y patriótico en extremo.

¡Cuán rebosantes de salud y de belleza son los niñitos ingleses! ¡Qué formas seductoras y esbeltas, qué perfiles de griegos! ¡qué ojos puros, ostentan sus admirables jóvenes en la hora dichosa de la mocedad primera!

Los estudios minuciosos hechos a ese respecto sobre observaciones recogidas en el intervalo de cincuenta años a esta parte, demuestran que la perfección física es la cualidad distintiva de los adolescentes, que han frecuentado los colegios de Rugby, Eton y Harrow, o las universidades de Oxford y Cambridge.

Más que nobleza de sangre es la aristocracia inglesa, un alto exponente de la hermosura corpórea y de la donosura de las líneas.

Lo que da vida y fuerza a una raza o a una clase social determinada, es la higiene en las costumbres, el armónico equilibrio entre su capacidad y el ambiente propicio en que ella ha de actuar.

Pueden asegurarse estas excelencias de la juventud inglesa, cuando uno contempla sus colegios y sus universidades.

Aún sigue siendo cierta la visión que llevaba de la ideal Oxford, el viajero norteamericano, Nathaniel Hawthorne, cuando escribía extasiado en la noble belleza de la ciudad:

«El mundo a buen seguro no posee un otro sitio como Oxford; lo desespera a uno el haber visto semejante lugar y tener que abandonarlo luego; consumiría, no digo ya el trasunto de una vida, si no de varias, el comprenderlo y gozarlo a entera satisfacción».

Noble y varonil ha de formarse el carácter del hombre para que su individualismo no sea antagónico a la sociedad, para que su tendencia a la autoridad no le lleve a ser absolutista y domine así a los demás, supeditado a intereses superiores. ¿Cómo no ha de ser el joven aristócrata inglés agradecido en extremo a una civilización que le sugiere un plan tan sugestivo de mejoramiento práctico y una idea tan nítida de cómo debe conducirse en la vida?

Las quimeras sociales del presente, el desprecio del patriotismo no penetran en estos asilos de la cultura. El carácter nacional defiende sus fueros en las tradiciones del genio ancestral y en los moldes de la vieja estirpe clásica.

Notable ejemplo del precaverse la juventud de las pasiones que pueden destruirla, es el libro: *Tom Brown's School days* (1856.)

Empieza Thomas Hughes, su autor, a remontar la genealogía de los Brown's, y su pasada por el patrio suelo, atentos siempre a mostrarse como ingleses de corazón. De costumbres bulliciosas, reservadas o tranquilas, estas sombras evocadas han dejado su impresión indeleble sobre el alma del escolar, cuyas andanzas en un gran colegio entra a describirnos el novelista muy luego.

El joven héroe tiene ante sí un espejo en qué solazarse: son las cualidades que hacen del inglés un ser típico e inconfundible.

Se deleita el histotiador noveleseo en el orgullo de sus compatriotas, en su vanidad nacional, en la tenacidad con que exponen su vida y su tranquilidad para defender sus derechos y en la tenacidad con que adelantan sus propósitos. Le atraen también cualidades más nobles y poéticas como ser: el desinterés, el amor al trabajo rudo, la morigeración de los instintos sensuales, la pasión por la justicia, la grave y honda preocupación religiosa, la resignación ante la adversidad, la presteza en la acción y el acatamiento a las enseñanzas que le brinda la experiencia de las cosas.

No menos bellamente ni con menos exactitud que en un célebre libro sobre el carácter inglés por Emerson, se empeña el novelador en precisar las relaciones psicológicas que existen entre los anglo-sajones de otrora y los ingleses modernos.

Pinta a su modo, *ad usum delphini*, la independencia excesiva, casi anárquica, que singulariza a aquellos rudos piratas y marinos de instintos indomables.

Además de estas cualidades concédeles también el autor entre sus superioridades, el amor al hogar y el respeto por la institución de la familia. Y hundiendo aún más su mirada en el pasado legendario casi, descubriría, cual el filósofo estadunidense, los verdes campos de la patria, poblada con *trolls* o duendes invisibles que trabajaban la tierra y la fecundaban a maravilla, apariciones éstas venidas del país escandinavo y desprendidas de su fantasmagórica mitología.

Trasponiendo estas imaginaciones al reino de las ilusiones, se posarían en la realidad actual y veríanse transformados a los *trolls* en la legión moderna de ingleses, trabajadores persistentes y enérgicos. Vive en verdad el imperio ensoñado de esos obscuros orígenes en los actuales pescadores, conquistadores, *globe-trotters*, misioneros, comerciantes, industriales, labradores de la moderna Inglaterra, civilizada hasta la saturación.

Tom Brown vive intensamente en su hermoso colegio, ornado de «viejas torres y agudas flechas», esmaltados sus húmedos prados por florecillas multicolores, realzado el panorama del magnífico parque por floridas colinas desde cuyas metas se divisa siempre pintoresca la querida *alma-mater*. Dulce retiro es este hogar de *Tom*; poetas como Byron y Gray, sentiríanse felices de cantarlo en estrofas que aún conservan, para nosotros, toda la edad de los entusiasmos y de los ensueños.

Vive el niño *Tom* en un sitio donde la naturaleza conserva vivo su imperio entre robles, olmos, fresnos y coníferos de todas clases. El bermejo de los ladrillos de que está construido el colegio, se esconde tras las trepadoras de rosas, de hiedra o de madreselva. Todo concurre a que la vivienda temporal de *Tom* sea un dechado de gracia, de poesía y de íntimo encanto.

Asistimos a las peleas que tienen entre sí los inglesitos; les advertimos poco amigos del estudio, penetramos las costumbres a menudo bárbaras que dominan aún las tradiciones escolares inglesas, donde los mayores esclavizan a los más pequeños. *Tom* gana sus espuelas de caballero en una lucha magistral: su destreza en defenderse, su altivez de carácter y su corazón añorante de los recuerdos de un hogar que nunca

olvida, acaban por hacer de él un favorito de sus condiscípulos y un héroe entre sus jóvenes amigos. ¡Qué espectáculos de arte presentan los campos de deportes de la escuela! Aquí viven verdaderamente su vida estos jóvenes colegiales, en todo su radiante esplendor.

Maravilla contemplar la tenacidad apasionada con que empeñan su pujanza física en alcanzar victorias honoríficas sobre un cuadro contrario o frente a otra escuela.

Parecen ellos estatuas de Grecia en movimiento con su aspecto erguido, sus miembros gráciles, su andar ligero, sus musculosos brazos y la nerviosidad de unos cuerpos henchidos de fuerza vital. Hasta sus bellos trajes de franela blanca, los pliegues albos de la camisola entreabierta, la gracia inconsciente con que llevan al hombro la chaqueta ricamente bordada con las armas feudales del colegio, son otras tantas distinciones que nos atraen.

Casi igualan estos atletas a sus antepasados, los helenos, en que la hermosura corpórea iba aparejada a una destreza jamás sobrepasada. Mas todavía les separa esa insalvable distancia que va de la teoría al desempeño en cosas de arte. Cada raza tiene su propia riqueza interior que no puede refundirse en otra. Pero ¡cuán elegantes y escrupulosos traductores del helenismo son los ingleses estudiosos!

Conjunto alguno de jóvenes se acercan más a los efebos de Grecia como éstos de la sociedad a que pertenece Tom Brown. Poseen ellos algo de la inconsciencia de la castidad, de la gracia poética, de la intraducible poesía del físico de aquella raza de arquetipos humanos que floreció en las costas bañadas por el mar Egeo, hace tres mil años. ¿Qué le falta a esta juventud helenizante para confundirse con sus divinos modelos? Acaso, el maravilloso cielo de la Hélade, profundamente azul; quizá el ambiente de la sacra Olimpia con sus templos de mármoles relucientes y sus avenidas de estatuas geniales.

Sea lo que fuere de estas conjeturas, en el terreno de los deportes, los jóvenes atletas de la Inglaterra académica no desmerecen en nada a los mancebos aguerridos de la Grecia antigua: lucen en sus contiendas: el coraje, la audacia, el poder volitivo, la tenacidad, la resistencia, la pasión patriótica, el mismísimo culto por el deber de aquellos helenos que cantara Píndaro y cuyas victorias inmortalizaban a las ciudades donde los victoriosos habían nacido. Traesferidas estas prácticas saludables y estas costumbres de arcaica prosapia al dominio de la educación moral, observamos que merced a estas disciplinas severas, los ingleses han aprendido a bastarse a sí mismos en toda ocasión. No les arredra el peligro, las enfermedades, el cansansio, la soledad, el abandono de todo contacto con la vida civilizada, cuando se han propuesto conquistar alguna cosa. Temperatura baja o alta, mar sin refugios, desierto, zonas donde el león o el chacal acechan feroces: nada de esto les detiene cuando está de por medio el logro de su anhelo. Hombre alguno está tan compenetrado de su libertad interior, de su independencia personal! *Excelsior*, ese grito triunfal del jóven héroe de Longfellow, traduce poéticamente esta voluntad soberbia e invencible que nada tuerce del camino a la meta propuesta.

Mientras no ha dado cima a su empresa, el clásico inglés no cejará en su tenaz empeño. No inquietará su marmóreo corazón, mientras sueñe con el fin anhelado: el hogar dichoso, el bramido de las tormentas, el recuerdo tierno de un pecho amable, donde otrora posara su testa anhelante o dolorida, los hermanales amigos de los deleitosos pasatiempos, los viejos padres o los grandes centros donde hormiguean todos los fáciles placeres.

A semejanza del «doncel gallardo» del poeta de Cambridge, se hallará a esta raza muerta o yerta o colocando la flameante bandera de San Jorge sobre la cima más alta o la más inaccesible. Cuando nos asiste la conciencia de nuestro derecho y de nuestro poder, ¿qué objeto tiene el recurrir a la falsía o a la mentira ponzoñosa? Recurso de los débiles, refugio de los envidiosos o impotentes, ha sido siempre el hábito de mentir y negar méritos a quienes los poseen en mayor grado. Así se ha educado el colegial inglés en el odio de la mentira y la considera la cosa más baja y la más vil. Llamarle embustero a alguien es de los insultos más mortificantes y de los que menos fácilmente se perdonan en Inglaterra.

La verdad ante todo, aún cuando a veces nos trajera duro castigo o largo penar, constituye un punto de honor entre los británicos. Si no he analizado directamente el argumento de *Tom Brown's School days*, he creído penetrar mejor su recóndita esencia, realzando estas calidades del carácter anglo que se desprende de los acontecimientos descritos en este libro, que es como un manual del perfecto ciudadano imperial. Quien no lo ha leído, puede decirse carece del sentimiento que anima a *dear Old England*.

Termina esta novela escolar con un dejo de honda melancolía. Tom Brown retorna a su colegio amado, años después, ya se ha hecho hombre y la vida le ha demostrado que no son vanas las magnas virtudes que con tanta solicitud le inculcaron sus caros directores espirituales.

Son las virtudes que ama: la fortaleza, la castidad, la veracidad, la gratitud y el patriotismo que se vanagloria de los varones preclaros. No ha dejado de sentir la fuerza de su belleza y de su eterna verdad. Tomasito es un *gentleman*, vale decir, tiene la religión de la verdad, ama el vigor físico y eleva un altar a la limpieza. Visita él todas las dependencias del colegio lleno de emoción y concluye su excursión en los umbrales de la capilla familiar. Penetra tembloroso al recinto sagrado donde elevara otrora himnos de alabanza. Un anciano pasa por allí: es para él como una evocación de otros tiempos: vuelve a ver al preboste de la escuela, personalidad cuya alma honorable y caballeresca tanto ha admirado, piensa que ha desaparecido para siempre jamás y su espíritu se ensombrece de pena. Su corazón se hincha de mil sutiles añoranzas, de lo que pudo ser y no fué. «Ah»! le susurra su alma luminosa: «¡quién nos diera ser como ese talento que tuteló nuestra adolescencia, quién pudiera instituir por toda la faz del orbe una hermandad de caballeros andantes del saber, ennoblecida por las virtudes que brillaron en él con tan auroral resplandor en su vida!

»¡Quién nos diera tener la serenidad de su mirada tranquila, su voluntad siempre enérgica, su equilibrio mental!

»¡Qué no daríamos por volver a oir su voz de mando y seguir más escrupulosamente sus consejos de oro...!»

Tom se ha formado en el culto de esa caballerosidad, la emoción le embarga de tal modo que resuelve salir de la iglesita do niño oró. Necesita el aire libre para retemplar su alma, conmovida en lo más sensible. Camina con paso tardo hacia una colina desde donde ve que se hunde el sol en una viva refulgencia de oro muerto: allí se echa sobre la grama, mientras llora como la primer noche que pasó en el hosco domitorio de la escuela y no se adormeció al compás del materno beso. Llora con lágrimas del espíritu su infancia, las opimas promesas no cuajadas en frutos de oro resplandeciente; lamenta aquellas ilusiones, aquellos ensueños, aquellos amigos tan queridos de su edad primaveral. Ya nada de ello volverá y pronto las sombras le llevarán en sus negros pliegues, al blanquecino río del eterno olvido.

. . . .

Eliseo Reclus, el geógrafo-poeta, vivió luengos años en Inglaterra, clásico refugio de todos los grandes proscritos. Debía su misma existencia a una petición que hicieron los sabios

ingleses al Gobierno de Francia para que la justicia conmutara la pena de deportación a que se le había condenado por ser comunista, por la de destierro perpetuo, más en armonía con los dotes geniales de su corazón, todo ternura para la doliente humanidad.

Con la sedución de un estilo pintoresco, no carente a veces de la majestad del de un Macaulay o de la precisión del de un Quevedo, Eliseo Reclus ha viajado extensamente por la patria de Shakespeare y la describe con un vivo sentimiento de la cordial belleza del suelo inglés.

En resumen, no puede ver el infeliz viajero al orgulloso país—donde tan mezclado está el bien con el mal, la opulencia con la miseria, el vicio repelente con la diamantina virtud—sino a través de los sentimientos morales de sus habitantes. No ha descubierto el filósofo en otros pueblos más ostentosos, virtudes comparables a las de la nación inglesa.

De todos los países civilizados, juzga a Inglaterra como aquel donde se albergan más hombres de conciencia, empeñados verdaderamente en ordenar su vivir sobre los cánones de un ideal de perfección moral.

¡Cuán grandes y poderosas virtudes son éstas de la voluntad, que producen quizá más días de bonanza para quien las practique que las emanadas del intelecto o de la sensibilidad! Siguen creyendo en Aristóteles, estos *gentlemen*, y consideran como no existente toda virtud que no se ejercite en la práctica cotidiana de la existencia.

Con mucha perspicacia advierte, el observador zahorí, que no pueden faltar en número considerable los hipócritas—donde tanto se honra el respeto por la dignidad personal y es tan celebrado el culto por la verdad. En efecto, acaso más que en otros países, la manía de la respetabilidad vela el buen sentido a un mayor número de personas, pero para no pasar por injustos, recordemos, con La Rochefoucauld, juez tan hondo de los móviles de las acciones humanas, que la hipocresía es el homenaje que tributa el vicio a la virtud. El apego a muchos convencionalismos, fórmulas y prácticas de épocas feudales, es precisamente lo que vuelve tan interesante al solar inglés, donde aún el estudio de las leyes es un privivilegio aristocrático, o en términos más humanos, un patriotismo de los mejores! El inglés, noble por su carácter sincero, morigerado e ingenuo, fué siempre respetuoso de la apariencia ajena y en esa actitud en que no pocos advierten un egoísmo consumado, se revelan el respeto de sí mismo, el amor de la propia integridad moral e intelectiva! Signos inconfundibles del más genuino espíritu anglo. No se dude de que a estas virtudes aparentes, reales, fingidas o virtuales, ha vinculado su gloria el pueblo inglés erigiendo el monumento más digno de ellas, en las novísimas Inglaterras, que ha creado más allá de sus estrechos límites de Europa. Esa obra admirable de expansión y dominio, cimentada en el patriotismo racial—el de la sangre y el de la crianza— ha dado un impulso tal a la lengua concisa y breve, que hoy los escritores ingleses son soberanos en la cuarta parte del mundo habitado.

¡Qué poderoso elemento es esta alianza de pueblos que se entienden entre sí en un mismo poderoso verbo, para la unificación de todas las naciones del orbe!

El respeto de sí mismo, el exigir lo más a nuestra fragil y débil arcilla, es para resumir en un pensamiento global, la moral que se desprende de *Tom Brow's School days*.

¡Feliz el autor de libros, que se ha formado en el culto de la hidalguía! Su arte literario es una suerte de patriotismo elevado. Y si no fuera el estilo de este artista a su manera, todo lo armonioso que pudiera desearse ni perfecto el plan e incidentes de su obra, le quedará, por lo menos, la exquisita satisfacción de haber empleado su ingenio con ardimiento, en promover la grandeza y estabilidad de la raza, a que tan dignamente pertenece.

ALBERTO NIN FRIAS

Buenos Aires, Julio 1.°, 1924.

Reneguemos del latinismo

=De *La Antorcha*, semanario militante de Letras, Arte, Ciencia, Industria, que en la ciudad de México ha comenzado a publicar el gran americano José Vasconcelos.=

Este artículo, titulado *Reneguemos del latinismo,* fué escrito para el lunes del *Universal,* pero no fué aceptado por dicho diario. Respeto profundamente sus razones. Conservo para todos los redactores y directores del *Universal* una gran estimación, aun más, gratitud por la ayuda generosa y desinteresada que me prestaron haciendo valer la justicia en el caso de Oaxaca. Un diario que procede de esta suerte en un asunto importante, en el cual sus intereses hubieran estado con los imposicionistas, merece la consideración de todos y el afecto agradecido de los interesados. Hecha esta advertencia agrego: que publico en esta edición de *La Antorcha,* el artículo reprobado, según supongo por antirreligioso. A mí me parece sinceramente religioso, y lo doy sin rectificaciones ni enmiendas porque es necesario probar si la opinión del país resiste la verdad como le place pensarla a un espíritu libre que se acoge a esa misma opinión. Si ella también me rechaza, no modificaré mis conceptos, pero tendré que reconocer que el público, no sólo no acepta la sinceridad, sino que la castiga. Publicaré también cualquier refutación inteligente de mi citado artículo. Dependemos en nuestro negocio, de una manera exclusiva de los anunciantes y el público, pero no queremos vivir halagando sus prejuicios. Le pedimos ayuda para difundir conceptos libres, no para devolverle recompuestos sus propios pensamientos. Si nuestras ideas provocan desconcierto, pero interesan lo bastante para ser leídas, entonces seguiremos escribiendo, confiados en el apoyo del público. Si se quiere que callemos, si se desea que siga prevaleciendo este silencio donde sólo el crimen está a sus anchas, que nos retire su apoyo la opinión, que se vayan los suscritores, preferimos el suicidio a la condescendencia indigna. Esta *Antorcha* podrán apagarla, pero mientras arda, no usará pantallas.

DESDE que nacemos hasta que perdemos la conciencia, todo el que vive en estos supuestos países latinos, tiene que estar soportando la alabanza hiperbólica, el entusiasmo sin discusión por todo lo que es latino. El alma latina, la civilización latina, el orgullo del imperio y la herencia de aquellas cualidades de claridad, disciplina y dominación que se sobreentiende son el atributo de nuestro temperamento. Temperamento ilustre porque algo conserva de la cultura o de la sangre de aquella prosapia conquistadora. Sin embargo, toda esta hueca palabre-

ría se deshace frente al más superficial análisis, y se explica sólo como un caso de tardía veneración del esclavo que en el colmo de la sumisión idealiza por igual las virtudes y los defectos del amo. Supervivencia del efecto moral de la conquista, siglos después de que ha desaparecido el poder material del conquistador. Y un yugo vil, el más vil de los yugos, puesto que se apoya en una voluntaria sumisión y en el desconocimiento de los valores verdaderos.

Por mi parte, jamás he sentido los entusiasmos latinos, acaso porque en mi sangre persiste el latido indignado de algún ibero que se remontó a las selvas huyendo del poderío romano o bien por mi sangre de indio o por ambas, pero el hecho es que jamás me han deslumbrado las glorias latinas. Todo lo contrario, comunmente las he visto con rencor, con el rencor trascendental con que se contempla el triunfo mundano de lo mediocre. Llevado de mi sentimiento que es mi guía, de la emoción que siempre ha mandado en mi cabeza, porque la cabeza ha de usarse sólo para orientar una pasión generosa, me rebelo contra los alardes de la latinidad antigua, así como me río de Mussolini, coronado de César de opereta, sólo unos meses después de que Roma estuvo controlada por la policía inglesa con pretexto de la gran guerra.

Mirando rápidamente, ¿qué es lo que representa en la historia de la civilización el latinismo? Observemos los dos períodos clásicos, la República y el Imperio. La República organizó la vida cívica, la familia, la ciudad, el derecho privado y público. Todo esto lo hizo, no a la manera libre de Atenas, sino conforme a un principio que había de ser característica de la civilización nueva, un principio constructivo, pero sin vuelo: la disciplina, el reglamento, la norma. Todo útil como medio, pero opresor y perverso cuando se convierte en fin. Sin embargo, este es el aporte fundamental del espíritu latino, en vez de la libertad, la norma. No el fondo, sino la forma. Ya antes de que aparecieran estas gentes sin alma, el pueblo griego, disciplinado, pero además inspirado, había superado a todos los pueblos. Frente a Grecia, Roma es un retroceso. El triunfo de Roma sobre Grecia — esto lo sienten los niños que estudian historia — es un paso atrás en el progreso del mundo, Grecia era el genio, la invención, el entusiasmo, la videncia, la gloria. Grecia quería el poder para propagar la luz. Roma incapaz siquiera de copiar a Grecia, se disciplinaba para dominar. No tenía ideales que propagar, pero tenía ambiciones de dominio y de riqueza. Sus guerras con los fenicios fueron francamente comerciales, como cualquier guerra moderna, y tan fenicios eran en el sentido interesado del término, los cartagineses, como los romanos. No se debatió en las guerras púnicas ningún alto interés humano. Roma nunca combatió ni por ideal, ni por religión, ni por arte. Su pasión de mero dominio, la hace precursora de los imperialistas modernos, pero no de los cruzados, ni de los conquistadores de América, ni de ninguno de los verdaderos héroes del mundo. Ausencia de ideal, ausencia de religión, incapacidad artística, sentido práctico para dominar la tierra: esto fué el Imperio. Esto hace de Roma nna nación odiosa desde la época de la República.

Los dos, los tres grandes sucesos de la historia: la cultura helénica, la doctrina cristiana y el socialismo moderno, son, los tres, enemigos de Roma, contrarios al espíritu de Roma.

Las legiones romanas evitaron que la cultura helénica se extendiese por Europa y llegara incontaminada hasta la América. Roma hizo todo lo que pudo para evitar el triunfo del ideal cristiano, que es igualitario y piadoso. Roma supo de justicia, pero no sospechó la piedad. Una justicia peculiar, un derecho severamente organizado para beneficio de los ciudadanos, de los amos, de los dominadores; un derecho en el que no tenía esperanza el esclavo; un derecho, consolidado por la espada, sobre el cadáver ensangrentado de las huestes de Espartaco. El socialismo moderno ha vuelto a poner en pie las huestes de Espartaco y se dedica a reformar la oba cruel del ingenio romano: el derecho de los amos, el derecho impuesto por la lanza y la espada, el derecho de los conquistadores. Al proceder de esta suerte el socialismo moderno contraría y anula la obra de Roma, y se junta con el otro gran enemigo de Roma, el ideal cristiano que, además de justicia, predica piedad y amor entre los hombres. Se acerca también a Grecia, porque Grecia quería que el espíritu y la belleza triunfaran.

¿Cuál fue entonces la esencia del romanismo, la característica social de la estirpe? El sistema de la jerarquía fundada en la fuerza; la reglamentación excesiva que mata la libertad; el culto de la persona humana que trae consigo todo el envilecimiento que se vió en el Imperio. Directamente de Roma proceden el pretorianismo latinoamericano y el capitalismo moderno. Es decir, otra vez, lo latino, estorbando el progreso.

Dejémonos de latinismo, hagamos que nuestra América sea hispánica, que sea ibérica, que sea india, que sea universal, pero no latina. ¿Qué idea podemos tomar de los latinos, si la misma Roma, por pobreza de ideas, tuvo que declarar filósofo a Séneca? ¿Cómo hemos de empeñarnos en inventar parentezcos con un pueblo cuyo genio literario es Cicerón? ¿Y por qué seguir afirmando que es muy dulce el seco Virgilio, si ya nadie lo recordaría, más que los estudiantes de literatura, a no haberle citado magnánimamente, el Dante?

Por cualquier lado que lo latino se mire, se nos aparece el odioso rasgo fundamental de la organización jerárquica; el afán de implantar categorías, pero no el noble afán de categorías de un Aristóteles, de un Kant, que anhelan ordenar las cosas para poder pensarlas. ¡Pensar es algo que jamás preocupó al romano! El ordenamiento latino tiene por objeto la acción, para fines prácticos. La acción del latino es firme, pero no sabe de trascendentalismos y de esplendores, no es generosa como la del cristianismo, ni sublime como la del héroe. Decir latino es decir limitado, definido, aún grande, pero sin grandeza moral o estética, sin espíritu. Raza antimística, raza odiosa.

Donde el latino pone su norma fría, el ideal se corrompe o se ausenta. El cristianismo era la revolución moderna, la organización económica equitativa en el trabajo y en la recompensa, pero lo tomó Roma y lo volvió liturgia, boato papal y organización mundana. El dia en que Constantino hizo de la cruz un lábaro sangriento, el cristianismo dejó de ser religión y se volvió política; bajó de nivel, se petrificó en reglas, se hizo romano.

El cristianismo es libertad para todos los hombres y lo latino es jerarquía, no libertad. A la caída del Imperio romano, la libertad vuelve a aparecer amparándose en la anarquia de la barbarie; organizándose en los municipios de Italia y de Holanda y de España. La Reforma es una protesta contra el romanismo—protesta más hermosa y radiante en Savonarola que en Lutero— pero contraria siempre al formulismo latino. Lo que Italia tiene de genio se debe a que durante muchos siglos se han mezclado en su suelo glorioso todas las razas. Así se explica el milagro del Dante. Y el Renacimiento es una protesta de Italia contra el espíritu románico imperial, que se ha vuelto germánico, y una alianza con el alma divina de Grecia.

Francia, la clara Francia, cobra personalidad desde que vuelve a ser Galia. Su inteligencia le viene de Grecia y su ansia de libertad es vernácula. La mayor protesta que se ha hecho contra Roma es la de su gran Revolución. De lo latino sólo ha recibido una gran calamidad: Napoleón. El capitalismo moderno también es latino. Se ha desarrollado al amparo del maquinismo inglés, pero su doctrina es la de los antiguos romanos.

Reneguemos del latinismo, que desprecia el trabajo y sacrifica la libertad, para exaltar al soldado y la guerra. No somos latinos ni por la sangre ni por el espíritu. La misma Italia renegará su latinismo, así que se harte de atrocidades fascistas. Dividamos y nombremos nuestra civilización conforme a la verdad del espíritu. ¡Hermandad estrecha de los ibero-americanos con España y con Italia y con Francia, pero no porque seamos latinos, sino porque representamos un concepto emotivo de la vida, y queremos que la ley suprema llegue a ser la ley de belleza. La civilización nórdica cree en la ética, nosotros en la estética. Para ellos la razón suprema es el deber; para nosotros la razón suprema es la belleza. Hagamos que nuestro concepto de belleza sea muy claro y muy alto. Y unidos todos los hombres en fraternidad verdadera, proclamemos el triunfo de todo lo que Roma combatió o no supo entender. El triunfo de la libertad y el amor. ¡La derrota del capitalismo y del Imperio!

JOSÉ VASCONCELOS

Latinismo y estética

...No he pretendido sostener que debe desarrollarse la estética con perjuicio de la ética. La tesis que he querido apuntar es la de que las razas llamadas latinas tienen más desarrollado el sentido estético y se les convence mejor haciendo un llamado a su sentido de hermosura que predicándoles el árido deber. Los anglosajones en cambio se mueven más fácilmente por virtud de un estímulo ético. La belleza les parece, si no culpable, por lo menos secundaria como móvil de conducta. Ya desde la batalla de Trafalgar se marcó esta diferencia de temperamentes en las dos frases que la historia se ha cansado de repetir: «Inglaterra espera que cada cual cumpla con su deber», dijo Nelson, y Villeneuve, en cambio, habló a los suyos de la gloria, y la gloria no es más que una elevada expresión de belleza moral. Por allí dijo un tonto, a quien no respondí por la actitud canallesca de su comentario, que la moral es belleza y la belleza es moral. Es claro que esto es exacto dentro de cierta logomaquia socrática, pero es todavía más evidente que lo ético y lo estético son dos facultades, ligadas íntimamente, pero sensiblemente distintas en la conciencia. En cualquier resumen de filosofía se aprende que Kant logró disociar con clarividencia los dos fenómenos. Pero esto no lo comprende el profesor aludido. Y no porque se diga que un pueblo tiene don de belleza, y sentido estético, debe por eso entenderse que carece de sentido moral o ético. Yo soy de los que creen que no puede haber belleza en la maldad, estoy de acuerdo por lo mismo, con el lector que suscribe la carta que antecede, cuando pregunta: ¿puede existir acaso, la estética sin la ética? Juzgo que no y que toda estética, carente de ética, es estética morbosa que, lejos de producir belleza, engendra monstruosidad. Por esto mismo no veo contradicción en afirmar, como afirmé en mi artículo *Reneguemos del latinismo,* que la característica de los sajones se encuentra en lo que Kant llama el juicio ético, el imperativo categórico, y la de los latinos en el juicio estético. Esto mismo justifica la clasificación de razas que propuse en mi citado artículo, y la afirmación que también contiene de que el ideal humano es la universalidad porque sólo ella completa el temperamento y la cultura. Los ingleses entienden la vida como utilidad, como algo a lo que es necesario exprimirle ventajas, los norteamericanos la entienden como trabajo y esfuerzo, y encuentran su goce en el mismo esfuerzo: nosotros entendemos la vida como placer; ninguno de estos conceptos es completo. El hombre futuro procurará combinarlos, para superar el presente.

Tampoco encuentro ninguna contradicción en el hecho de admirar la cultura helénica y ser cristiano. Esta contradicción se resolvió hace más de mil años en Alejandría, en el cerebro iluminado de los padres de la Iglesia, que definieron el dogma fundiendo el cristianismo con las luces de la filosofía griega. El catolicismo fué esto, hasta el concilio de Trento, y la edad moderna es y debe seguir siendo una fusión de las conquistas del alma en todas las épocas y en todas las estirpes.

A tal punto tuvo éxito la fusión de lo mejor del espíritu griego con el espíritu cristiano, que hubo comentarista que sostuviera que Platón por la fuerza de su genio se había adelantado a la revelación cristiana. No encuentro tampoco ninguna contradicción entre todas estas tesis de progreso espiritual constructivo y mi pobre y desmañado artículo en defensa de la unidad de las razas. Mi Lector sabe que no es lo mismo hablar de estética literaria que lograrla. Yo no puedo alcanzar la belleza, aunque a ratos me deslumbre. Con harta frecuencia la idea ingrata no parece sino después de un tedioso y arduo exponer de antecedentes y de razones. Y también con harta frecuencia uno se pone gruñón. Tiene razón Lector; ¿cómo no se ha de gruñir, si el vislumbre de la belleza es momentáneo y después el espíritu queda abandonado al torpor animal, a la modorra, la fatiga y la duda?

J. V.

Opinemos

Santiago, 1.º de noviembre de 1924.

Señor Joaquín García Monge.
San José de Costa Rica.

Muy señor mío:
En la profunda convicción de que las libertades de la prensa, de la opinión y de todo lo que sea manifestarse de acuerdo con los sentimientos propios y con las ideas resultantes del amor y respeto de sí mismo y de los demás, se hayau actualmente en nuestra patria sometidos a una represión sólo concebible en gobiernos basados en la fuerza, en los cuales la desconfianza de los hombres y de las circunstancias se extiende a sus sombras: me he tomado la libertad de acompañar la presente de un estudio de la actual situación chilena, que por su fondo y fin sería rechazado en toda nuestra prensa.
Anticipo mis agradecimientos y tengo el agrado de ofrecerme atto. y S. S.

H. Mendoza.

Hemos seguido con interés de idealista apasionado las diversas fases de la política exterior del actual Gobierno de Chile y no hemos podido menos, pese a nuestras ideas de republicano convencido, de reconocerle el acierto y buena dirección que la diplomacia exige.

El reconocimiento del gobierno militar por las demás repúblicas, colindantes o no con la nuestra, pero todas interesadas en el mantenimiento de la paz dentro de nuestro continente, ha abierto las puertas a un peligro, capaz de romper toda solidaridad americana.

No pasa igual cosa con los países europeos; el reconocimiento por ellos no les traía consigo ningún nuevo problema que resolver, y no complicaba en forma alguna las futuras situaciones políticas internas de sus países, pues además de estar casi todas ellas gobernadas en la actualidad por diferentes aspectos de dictaduras, tienen la inmensidad del Atlántico de por medio y todavía no le dan otra importancia a los países americanos que la que se desprende de las corrientes emigratorias, verdaderos afluentes de hombres, no así de ideas: es decir, ven en nuestras fuertes tierras una forma de descongestionar la Europa.

¿Qué amenaza será para ellos, que en nuestra América haya una dictadura militar más o una menos, cuando todo el peligro que de éstas se desprende, está subsanado para ellas, además de las circunstancias naturales, por su mayor poderío? No sucede así con los países sudamericanos, puesto que su proximidad territorial hace de esta clase de gobierno una amenaza continua para su integridad nacional.

Para facilitar nuestra exposición y estudio de este problema, lo dividiremos en dos partes, que pueden encuadrarse dentro de los siguientes títulos:

1.º Licitud de los gobiernos militares y su influencia en la buena marcha de la Nación.

2.º Aspecto del problema en relación con los países americanos.

1º Licitud de los gobiernos militares y su influencia en la buena marcha de la Nación.

Las circunstancias agravantes que motivaron el movimiento que trajo como resultado la actual dictadura militar le dan por sí un aparente derecho.

La tradicional buena fe de nuestro pueblo, la confianza —legitima o usurpada— que existía en los partidos políticos, fueron factores que concurrieron a que viniera un desquiciamiento dentro de la política chilena.

Los prohombres de cada color político hicieron tabla rasa de los ideales patrióticos, tratando en una lucha sorda y mezquina de obtener para sus partidos las mayores ventajas gubernativas; conseguir para sus correligionarios el mayor número de puestos rentados por el fisco. Los programas de partido fueron archivados, las ideas de reformas y de evolución eran buenas para ideas; la práctica era otra cosa, era, para gran parte de los políticos, una lucha encarnizada por la mayoría parlamentaria, costase lo que costase; cuantiosas sumas de dinero, crímenes, silenciados por la influencia de poderosos de la política o del dinero.

El fracaso de la política trajo lo que para muchos era lo justo, pero que para otros era una ampliación del mal; vino el movimiento militar, es decir, la fuerza se impuso, con la probable buena intención de corregir todos los males que se palpaban en el país.

La experiencia duramente sufrida por otros países hermanos, no ha sido freno suficiente para encauzar el movimiento hacia un legítimo gobierno de opinión: las consecuencias funestas derivadas de todo gobierno militar, presenciadas en diversas repúblicas americanas, repúblicas que sufren aún el atraso de muchos años de civilización, no ha traído a los militares una reflexión profunda de la situación que han creado. La entrada al laberinto de Creta era fácil; pero la salida requería el hilo de Ariadna.

Las entidades armadas han echado sobre sus hombros más peso del que comunmente llevan en sus mochilas, y el entrenamiento necesario para todo esfuerzo intensivo no lo han tenido y no lo tendrán nunca.

El momento actual, con el consiguiente acaloramiento de la reacción sufrida, tiene todos los aspectos de una buena situación; pero, ¿autoriza el presente para opinar en igual forma sobre el futuro? ¿o no se creerá más a la experiencia derivada del pasado?. Si ahora creemos que la salvación ha llegado, es simplemente porque la desorientación de la opinión pública que el movimiento provocó ha impedido que se estudie en toda su amplia responsabilidad, ante las generaciones futuras, el alcance que verdaderamente tendrá el actual gobierno.

Muchos dicen que ante las realidades de la vida, las cuestiones de principio pierden su valor; razones, o mejor sofismas, no les faltan para que así opinen; pero satisface decirles que los resultados de la ejecución de los principios evolutivos se saben más tarde; su obra es del devenir y no del presente: si un principio se realiza, deja de serlo; de ideal se convierte en hecho;, dando lugar a que venga otro, derivado de éste,, sucediéndose eternamente.

Las bases republicanas echadas por los Padres de la Patria, el 18 de setiembre de 1810, reformadas y adaptadas a las necesidades de los tiempos, han sufrido golpes de autoridad personal en el transcurso de los años que han amargado la libertad de los hijos de esta tierra: ha venido a posteriori la reacción, encauzándose nuevamente por el legítimo sistema de

gobierno, dejando siempre la esperanza de mejores años; pero hoy, en pleno siglo de luchas en contra de todo poder con caracteres personalistas, siglo de socialismo, bolchevismo. etc., en que la realidad vista en países que como España, sufriendo hoy el peso de una dictadura militar; atrasándose, tal vez, una época, en la marcha normal de las naciones: nos hace suponer que la reacción a este movimiento político-militar, no vendrá luego, la herida recibida por el pensar libre e independiente, sangrará muchos años. El que hoy se diga que el país se ha salvado, que la bondad de los sentimientos de los que arriba dirigen los destinos de Chile es una garantía suficiente para que la conformidad haga presa de nuestros corazones de patriotas, y que las reformas constitucionales, emprendidas con todo el entusiasmo del poder y de los deseos de hacer un buen gobierno, motivan la vindicación de los ejecutores de este atropello constitucional, ante la conciencia del futuro, es un engaño más que agregar a la historia de esta pacífica revolución.

La burguesía, los que saben de comodidades duramente ganadas u oportunamente heredadas, los ricos que ven en todo movimiento de opinión un peligro para su tranquilidad, un número no consultado en el programa de fiestas, son en su mayoría los culpables de que se diga que la opinión pública es favorable a este movimiento llamado reaccionista, y que dicho con toda honradez, no es sino un salto de felino a los tiempos de nuestros bisabuelos, a los años de la colonia, en que gobernaba el Amo. Además, ¿existe acaso, la llamada «Opinión Pública»? ¿o no es más bien una irrisión, y muy cruel por cierto, el siquiera mencionarla como concursante en alguna forma, a la crítica periódica de nuestra triste situación política? Los poquísimos estudios que los diarios admiten publicar? deben ir redactados en la forma que los maestros dan a copiar las lecciones a sus discípulos: deben servir de guías al Gobierno y de marco a la Opinión Pública, formándola y no dejando que vislumbre nada de la verdad; es una forma de gobernar, con certificado de antigüedad, dado por ese Rey de Francia, que dijo: «El que no sabe disimular no sabe reinar».

Funestísimas consecuencias para la buena marcha de nuestra Nación se derivarán del actual Gobierno: se ha quebrantado un principio básico, se ha atropellado la legitimidad del concepto de libertad: las conciencias juzgan en la actualidad, en su oscuridad de caos, tomando como punto de mira, las afiladas bayonetas: el brillo siniestro, que jamás dejarán de despedir, impide despóticamente ver y oir la razón.

En nuestras cabezas doloridas, pesan con la gravidez del acero todos esos discursos y escritos de los nuevos políticos chilenos, de ésos que no quieren conculcar ninguna atribución de los ciudadanos, de ésos que aseguran retirarse del gobierno cuando hayan terminado la depuración de la Administración Pública y hayan asegurado la salvación del país: sus uniformes de guerreros, su voz lanzada a los oyentes con la enfática seguridad que les da una formación de batallones a sus espaldas, hacen que sus discursos lleguen a nuestros oídos con toda la amarga ironía de una buena mentira.

Los defectos del gobierno anterior, legítimo pese a sus errores, fruto de una elección popular, no implicaban sino fallas del momento, reparables con una reacción sana de gobernantes, elegidos en votación, que llevaran en sus personas la confianza unánime del país: desgraciadamente, el medicamento ha salido peor que la enfermedad: las desgraciadas complicaciones futuras, provenientes del militarismo en acción, serán inmensamente mayores que las que pudieron resultar del anterior gobierno.

La historia, en sus fallos demorados siglos, lanzados al mundo, después de analizados, con la tranquila conciencia del sabio que ve en todo ese cúmulo de sucesos una resultante directa de las aciertos o errores de los prohombres de esos tiempos, ha condenado en forma absoluta los gobiernos militares. La influencia pretoriana en el Imperio romano, eligiendo con el apoyo de sus fuerzas a los emperadores y asesinándolos o expulsándolos de su regio sitial, a medida de sus deseos, motivaron en gran parte la decadencia romana. Los tiempos medioevales, consagrados a guerrillas, ahogando todo poderío que no fuera capaz de sostener con sus fuerzas el empuje de sus vecinos y rivales, provocó en los países la violentísima lucha que entronizó en una sola mano el summum del poder, destruyendo en sus cimientos los castillos de los señores feudales—símbolos de poderes que fueron— imponiéndose en esta forma el gobierno de la unidad, en provecho de todos y no de algunos feudos poderosos. Así pausadamente fuese ahogando la imposición de la fuerza, dejando el campo a su legítimo propietario; a la idea, a la razón. Si seguimos el curso de la historia, veremos que a medida que la ciencia y el conocimiento, avanzaban en las conciencias de los pueblos y principalmente de algunos de sus dirigentes más esclarecidos; vemos los estallidos en contra de toda autoridad armada, derribándolas, destruyéndolas con todo el odio del esclavo que se manumita de la ergástula.

Las páginas gloriosas de las armas no se encuentran y no se leerán jamás en las constituciones de los pueblos; ellas se folian en los libros de batallas, en cuyos campos se dirimian libertades territoriales, y se trataba de conquistar glorias para la patria.

Decir que nuestras fuerzas armadas han incrementado sus hechos heroicos, con este alarde de poder, es mentirles, es no quererlas, es negarles la verdad que ellos no quieren ver; pero que tendrán que sentir.

Son muchos los que para defender su opinión favorable al militarismo niegan la fuerza de los hechos históricos, dicen no reconocer similitud alguna entre este gobierno y los que a golpes de cuartel, han existido en diferentes países, en épocas menos felices. Como si el mal en sus diferentes manifestaciones dejara de serlo, para transformarse en bien.

La Constitución ha sido directamente atropellada, se ha reabierto la vía por la que vendrán más calamidades a nuestra patria. El pernicioso ejemplo dado por las fuerzas armadas redundará en perjuicio de la Nación que han creído salvar; las armas usadas como argumento para calmar los disturbios, tranquilizar los ánimos, no han obtenido sino una reacción más terrible que la que se hubiera producido por la fuerza de los hechos, hábil y patrióticamente mantenidos dentro de las normas que las sociedades aceptan sin menoscabo de su dignidad y de su amor a la libertad.

Es imposible, diga lo que se diga, que la paz, en todo su amplísimo significado de bienestar y felicidad, sea una realidad dentro de nuestro territorio, mientras no haya desaparecido por completo la inmediata amenaza de las armas: opinar en los momentos actuales, con toda la independencia que las fuerzas de las circunstancias requiere, no parecerá bien a los gobernantes del momento: *ellos son fuertes y no desean ver objetadas sus buenas intenciones de no atropellar libertades consagradas por el derecho de vivir.*

La crisis por la cual atravesamos, no es nada comparándola con la que lógicamente tendrá que venir.

Ya se palpan algunas de las consecuencias, y para mayor desgracia del militarismo, el mal derivado del mal acto, cual es la revuelta que los llevó al poder, han principiado a sentirlas en su seno: rumores hay de que la juventud militar está discorde con la oficialidad mayor, y si es cierto el aforismo popular «Cuando el río suena, piedras lleva», luego tendremos más de una roca en movimiento. Sería una magnífica cosecha de una siembra hecha en terreno no propicio.

H. Mendoza

Santiago, 30, X, 24



LA EDAD DE ORO

=Rincón de los niños.=

75.—Los gorriones

Bajo la nevada que caía lentamente, poniendo alfombras en las calles, gorras a las casas y monteras a las chimeneas, los gorrioncillos, nerviosos, inquietos, charlaban en la cornisa de la torre.

—Ved aquel álamo — decía uno, de los animalejos.—Parece un árbol de Navidad: de cada hoja cuelga un juguete blanco...

—Tan espesa es la nieve — dijo otro — que ni los más pesados carros abren huella en el suelo.

—Ya es demasiado larga esta nevada—agregó un tercero—. Yo creí que hoy tendríamos sol.

—¡Mirad!—interrumpió un gorrioncillo pequeño que tenía las puntas de las alas pintadas de rojo—. Ved a ese chicuelo que ha caído en la nieve...

—Ya lo levanta un hombre — dijo otro gorrión, extendiendo el cuello para ver mejor hacia la calle—. ¡Con tal que no se haya hecho daño!...

—Todos resbalan en la esquina — exclamaron a una voz varios gorriones.

—Lo cierto es que sólo la necesidad obligará a las gentes a salir hoy de sus casas — dijo una gorriona esponjando las plumas—. ¡Hace tánto frío!...

—¡Y qué viento!—murmuró un gorrión de copete encarnado—. Parece que va a helarse la sangre en el cuerpo...

El viento, aullando fuertemente, barrió la nieve de las cornisas, y dijo, al pasar:

—¡No murmuréis de mí! Tengo derecho a vivir, como vosotros. Si no me queréis, bajad la cabeza mientras paso.

Los gorriones, tiritando, metieron la cabeza bajo el ala mientras pasaba el viento. Y la campana de la torre se estremeció y dijo:

—El mismo bronce de que estoy forjada, no es tan helado como este viento cruel...

—Ya va lejos—dijo el más valiente de los gorriones sacando la cabeza del ala—. Ved, ya está levantando la nieve de aquella galería.

—¡Gracias a Dios que ha pasado!—dijeron a un tiempo todos los gorriones, removiéndose en la cornisa.

Con sus patitas nerviosas agitaron la nieve endurecida, y ésta cayó en pesada lluvia sobre el campanero, que en ese momento se asomaba por el segundo cuerpo de la torre.

—¡Malignos gorriones! — gritó el hombre alzando la cabeza y amenazando con las manos a las avecillas—. No he de parar sino hasta que os ahuyente de estos sitios...

Los gorriones, asustados, volaron hacia el interior de la torre y se posaron sobre la campana.

—¡Quitáos de aquí, que me hacéis daño con vuestras uñas! — gritó la campana oscilando—. ¿Cuándo me dejaréis en paz?...

—Perdonadnos, señora campana—dijeron en coro todos los gorriones—; ya nos retiramos.

Y como el campanero había entrado de nuevo en el interior de la torre, los pajarillos volvieron a posarse en la cornisa.

El viento, que había bajado a la plazoleta, subió vertiginosamente hacia la torre, arrastrando consigo algunas hojas arrancadas a los árboles.

—¡Otra vez!—dijeron agriamente los gorriones sintiendo llegar el viento—. ¡Qué mala fe!

—Pero ved que trae consigo algunas hojas—dijo un gorrión observador—; quizá en ellas vengan insectillos muertos que calmen nuestra hambre. Veamos...

—Es verdad—dijeron todos, lanzándose hacia las hojas que el viento había depositado en la cornisa—. Busquemos, busquemos...

Picotearon bruscamente sobre ellas; pero las hojas, yertas, tostadas, ennegrecidas por el hielo, no llevaban consigo sino las pequeñas cristalizaciones de la nieve.

—¡Nada traen! — exclamaron con desencanto los gorriones después de observarlas. Y, despectivamente, las empujaron con el pico hacia la calle.

Las hojas negras, tristes, descendieron revolando lentamente hacia la plazoleta, como cadáveres de pajarillos muertos.

—No hay que impacientarse — dijeron los gorriones—; pronto serán las tres, y entonces nos darán nuestro alimento...

—¡Ja, ja!—exclamó el campanero desde el segundo cuerpo de la torre, al oir hablar así a los gorriones—. ¿Quién será capaz de acordarse de vosotros en un día como éste, bueno solamente para pensar en arroparse con las mantas?... ¡Largáos de aquí, que ya me tenéis fastidiado con vuestra charla frívola...!

Tan, tan, tan...

Era el reloj, que daba las tres.

Los gorriones batieron las alas con alegría, dirigiendo a la vez sus ávidos ojos hacia una ventana velada por persianas verdes.

Después de un momento de espectativa, la ventana se abrió. Un caballero alto y delgado asomó por ella y arrojó hacia la calle una lluvia de migajillas de pan que se esparcían sobre la nieve.

—Ya está allí nuestro protector—dijeron los gorriones, descendiendo de la cornisa y volando hacia aquella ventana.

El campanero, que había subido a lo alto de la torre para dar las tres, vió la escena de aquel caballero delgado y alto, que regalaba con migajas a los gorriones.

—¿Quién será?—se dijo asombrado—. Quizá es un loco... Porque sólo un demente puede acordarse, en semejante día, que existen los gorriones...

Y la campana dijo al campanero:

—Yo también le miro con asombro, y no sé qué pensar de ese caballero. He observado que mientras otros desdeñan alzar hasta aquí los ojos, él mira esta vieja torre con mucho interés...

—Y yo—dijo el viento, pasando—le he sorpren-

dido más de una vez con el oído en la vidriera, escuchando mis lamentos.

—Y a nosotras—dijeron las hojas yertas, volviendo a subir en el aire— nos ve también con miradas dulces y afectuosas que nos dan un grato consuelo...

—¿Quién podrá ser?...—repitieron a un tiempo la campana, el viento y las hojas...

Y mientras observaban con asombro al piadoso caballero de la ventana, los gorriones, satisfecha el hambre, retornaban a la torre batiendo las alas alegremente. Y cuando llegaron a la cornisa, el campanero, humanizado, les dijo de este modo:

—Si no me guardáis rencor, sacadme de la duda: ¿quién es ese caballero que en un día como éste se acuerda de vosotros? ¿Es un loco, quizá?...

—No—dijeron sencillamente los gorriones—. Es un poeta.

María Enriqueta

(De *Antena*, México, D. F.)

76.—Llegué a la pobre cabaña...

Llegué a la pobre cabaña
en días de primavera,
la niña triste cantaba,
la abuela hilaba en la rueca.
—¡Buena anciana, buena anciana!
bien haya la niña bella
a quien desde hoy amor juro
con mis ansias de poeta.
La abuela miró a la niña,
la niña sonrió a la abuela.
Fuera volaban gorriones
sobre las rosas abiertas.

Llegué a la pobre cabaña
cuando el gris otoño empieza.
Oí un ruido de sollozos
y sola estaba la abuela,
—¡Buena anciana, buena anciana!
Me mira y no me contesta.
Yo sentí frío en el alma
cuando ví sus manos trémulas,
su arrugada y blanca cofia,
sus fúnebres tocas negras.
Fuera las brisas errantes
llevaban las hojas secas.

Rubén Darío

(Rubén Darío en Costa Rica).

77.—Sacrificio, gloria

...En cuanto al bizarro joven Calderón, había dispuesto Sucre elevarle pocas horas antes de morir, a capitán efectivo, para tributarle los honores fúnebres; y el Libertador, expidió el siguiente decreto:

1.º Que a la primera compañía de Yaguachi no se le pusiese otro capitán.

2.º Que siempre pasara revista en ella como vivo, y que en las revistas de Comisario, cuando fuera llamado por su nombre el Capitán Calderón, toda la compañía respondiera: «Murió gloriosamente en Pichincha; pero vive en nuestros corazones».

3.º Que a su madre, la señora N. Garaicoa, de Guayaquil, matrona respetable y muy republicana, se le pagara mensualmente el sueldo que hubiera disfrutado su hijo.

A este respecto, ha dicho el coronel M. A. López, oficial del ejército:

Era un espectáculo tan conmovedor como solemne, el ver a los soldados de aquella compañía en los días de revista de comisario al proferirse el nombre del capitán Calderón, llevar el fusil al hombre con ademán de orgullo marcial, y responder con una especie de religioso respeto: «Murió gloriosamente en Pichincha; pero vive en nuestros corazones».

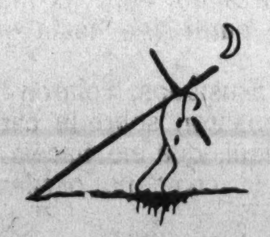
—

Muchas acciones meritorias tuvieron lugar en este (1) sitio. Peruanos acaudalados y a la par de ánimo excelso, ofrecieron a Sucre sus recursos para ayudar a la manutención de las tropas; y el pueblo, el virtuoso pueblo, nervio de las naciones, dió de sí más de un ejemplo de virtud eminente y de culto a la patria. Cuando los marqueses y los mariscales se pasaban al enemigo, un mancebo, que llevaba en las venas la pura sangre de los hijos del sol, se inmolaba generosamente por la libertad de su país. Llamábase José Olaya, de veinte y ocho años. Vivo y audaz, iba y venía con la correspondencia entre los sitiados y los patriotas de Lima. Sorpréndenlo una noche las patrullas realistas, y, llevado a presencia de Canterac, se resiste a decir los nombres de las personas a quienes iban dirigidas las cartas. El español enfurecido le manda azotar, y el preso sufre el castigo sin derramar una lágrima, ni exhalar un ay, ni decir una sola palabra que pudiera comprometer a las patriotas de la capital. Expiró en medio del tormento con la sublime fortaleza de los mártires. Es de la masa del pueblo de donde salen siempre los grandes talentos y las grandes virtudes.

Reconquistada la capital, dispuso el Gobierno nacional, que por cincuenta años pasara revista de Comisario, como *Subteniente;* y que al llamársele, contestara el Mayor de plaza: *presente en la mansión de los héroes.* Su madre y hermana debían recibir el sueldo de su grado, y su retrato debía colocarse en la Sala consistorial de la parroquia de Chorrillos, de donde era natural. Más tarde, en 1867, se colocó su busto en Chorrillos; y por muchos años hubo la piadosa costumbre de celebrar oficio y misa en sufragio de su alma, el día que se cumplía el año de su sacrificio.

Carlos A. Villanueva

(Vida de don A. J. de Sucre).



---

(1) Bloqueo del Callao.

En la coronación de Helena I, Reina de los Estudiantes de Bogotá

=Palabras de GUILLERMO VALENCIA, dichas en el Teatro Faenza, de Bogotá, la noche del 21 de setiembre pasado=

Señoras, señores:

En el reino de los estudiantes, como en el país de las hadas, fluyen los sucesos prodigiosamente, en una atmósfera diáfana, sonrosada y pura. Aquel áureo cerco, que simboliza la realeza, pasa allá, entre armonía, desde unas sienes ungidas a otra frente radiosa, sin más normas rituales que una franca, dulce y leve sonrisa de las dos soberanas: idioma inefable que compendia la florecida idealidad de un reinado que concluye dejando mullida la senda, de corazones y laureles, y de otro que despunta entre frescura matinal y róseos celajes de esperanza. No así en nuestro mundo real, en que la diadema es concreción de dolores humanos, cuando no símbolo de violencia feliz, que en sus miríficos florones, ha reflejado tantas veces el nácar de la perla y el de la podredumbre, sin que hayan conseguido neutralizar del todo aquel hondo sentido maléfico, ni la virtud subyugadora de las Galas Placidias, Teodoras, ni la piedad domesticante de las Blancas de Castilla, ni la generosidad creadora de quien recogiera un día los trofeos de la reconquista en la sede occidental de los Kalifas, y sintiera palpitar entre sus manos todo el peso de un mundo nacido al doble influjo de su feminismo y de su raza; ni la gracia que sonrió entre encajes, en Margarita de Valois; ni las liliales manos de la reina de Hungría, en contacto con irrecordables dolores, pues se ofrecerá siempre delante de nuestros ojos espantados el disco rutilante y trágico que evoca fatalmente aquel plato que, en la fortaleza de Makerus, portó en día ya muy lejano la felina cabeza del Jaokanan así como en hora más próxima, trajo para la libertad hambrienta, las segadas testas de las víctimas reales.

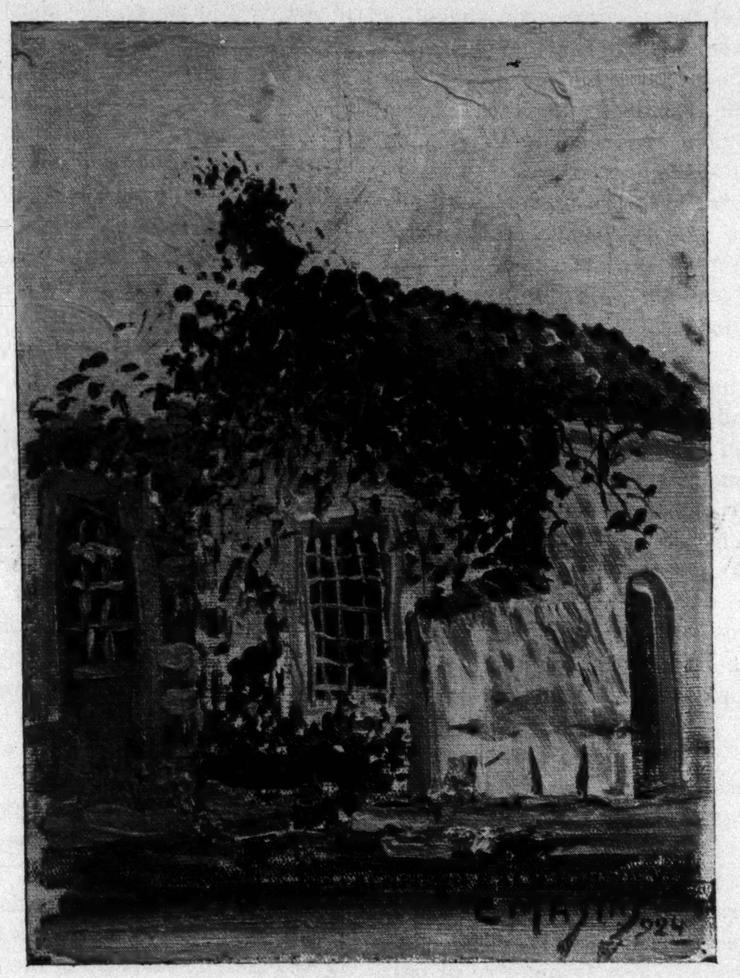
¡Cuán lejos está de estos horrores y pesarosos recuerdos, el festival que aquí nos congrega! La juventud que sueña, que trabaja, que lucha, que sufre, ha fundido al fuego inextinguible de su entusiasmo renovador, un numen que reproduzca integralmente sus anhelos, que la encarne, que la dirija, que la aliente, que la vivifique y consuele, que le muestre el camino con sus ojos de sideral fosforescencia, que alce en su brazo, unas veces la égida protectora, y otras el gladio ardiente que señala los caminos del triunfo. Así surgiera Palas, del cerebro del padre Jove. ¿Y qué es la juventud, si tornamos los ojos al suelo, sino el alma creadora de este restringido futuro tan cercano a nosotros, que apellidamos patria?

Por eso la reina estudiantil, es al propio tiempo una diosa con arreos de Minerva, concebida por el cerebro juvenil en el instante de su expansión creadora, seguro de que en el día supremo de la lucha ella descenderá desde su alto asiento a confortarle y a pelear por él, bien así como en el poema homérico, Atenea bajó tantas veces a sostener el brazo de Aquiles, eterno símbolo de la juventud generosa, tal como lo esculpiera Zeuxipo, en la descripción de Cristodoro de Coptos: «¡Cómo esplende el juvenil Aquiles, guerrero imberbe! No lleva casco. Se diría que su diestra blande espada y su siniestra embraza el escudo: tan noble es su actitud! Todo en él respira amenazas y guerra; brilla el ojo en que se ve fulminar el fuego innato de los belicosos Eácidas». ¡Y qué otra cosa sois vosotros, estudiantes, sino guerreros inflamados por el amor del inaprehensible ideal! Cuán duras de trepar son las agrias cuestas de la sabiduría!; ¡qué enhiesta pirámide, ese vasto polígono cuyas aristas van acercándose a lo largo de la ascensión dolorosa, para fundirse unificadas en el ápice. que es el trono sereno donde reposa la ciencia y sonríe amablemente a los pugnadores, con ese gesto ambicionado que los hombres apellidamos certidumbre! Porque a medida que la humanidad estudia, va acercándose á la unidad, en prosecusión de la fórmula sintética que recoja en un haz todos los rayos de la sabiduría, de la virtud, de la experiencia y del dolor humanos: el rayo único, y el haz que, en matizada gavilla, sean al mismo tiempo la fórmula suprema de la verdad y el bien.

El cuerpo de Prometeo desapareció para siempre, de los picos de Elbruz, en el Cáucaso tormentoso; mas puede verse todavía el sitio en que se fijaban las cadenas que lo sujetaron, y la roca molida por la inquietud del mártir que se robó la eterna llama. Los hombres no han podido todavía franquearse camino visible hasta esa altura, y se empeñan buscándolo, soterrados bajo la abrupta mole; horadándola penosamente para llevar sus galerías hasta el lugar preciso en que agonizó el precursor. Junto al camino subterráneo que labra la justicia humana hacia el equilibrio final, ondula el invisible atajo del arte intuitivo; acercásele la ruta difícil y sinuosa de las ciencias experimentales que desentrañan el secreto de las edades y el misterio profundo de las cosas visibles; paralelamente, adelantan su esfuerzo la metafísica que respira mal en aquel antro; la filosofía que vacila y la teología que se asfixia. La matemática guarda silencio, medita, calcula y prosigue, bajo la inspitación de Novalis que le grita: «la existencia de los dioses es matemática; los números son los dogmas». Muy cerca de aquel sector que adelanta entre sombras, el dolor humano, con toda la fuerza de un torrente que va buscando cauce al través de los obstáculos, desmenuzando rocas y sobrepasando diques, inundando valles, decapitando cimas, dilata su vasta galería, en que van confundidos «los gritos de la madre que da la vida y los ¡ayes! del hijo que la recibe», las angustias del hambre no satisfecha, de la sed sin alivio, de la mariposa ilusión que perdió sus alas al nacer, de la pugna estéril, de las simas sin luz, del río sin puerto, del océano sin barcos, del sacrificio sin compensación, del dolor sin alivio, de las cadenas sin defensa contra el buitre voraz, de la indecible amargura de lo que pudo ser y no consguió realizarse. Cuando todos estos grupos y falanges humanas hayan profundizado, entre las tinieblas, las penosas rutas hacia el lugar de martirio desde donde Prometeo arrebató la antorcha, llegará un día en que comiencen a oírse ya muy cerca los golpes de las picas que van franqueándose camino hacia el lugar de la promesa, del sacrificio y la liberación, y, cuando al choque final, vuele hecho trizas el levísimo tabique que cedió como un velo para permitir la conjunción y el abrazo de tanto ensueño, de tanta fatiga, de tanta virtud, de tanto amor y de tantos pesares, los múltiples caminos se habrán fundido en un solo que, a la manera de inmenso cráter concentrada toda la actividad interna, dé salida única al inextinguible calor humano, por la cima de un monte de la tierra que no se llamará Elbruz, del Cáucaso, sino Calvo Monte, modestamente erguido en las afueras de una ciudad de Palestina, donde fué plantado por segunda vez el árbol de la vida, y desde donde tendió sus brazos al inacabable abrazo de los hombres, el Crucificado de Jerusalén!

Cuando pienso que estas soberanas, que esta reina creada por la gracia de vuestros corazones, recoge, concentra y refleja en sí, como el mágico espejo de Paracelso, toda vuestra existencia actual, me conmuevo y medito! Vuestra diaria labor, tesonera y vibrante, busca una finalidad inmediata: vuestra instrucción, vuestro triunfo, vuestra gloria, vuestro tributo al patrio bienestar. Mas ese esfuerzo viene ligado a una dulce añoranza, a un amor íntimo, a un sentimiento geórgico, deli-

cado y sutil, que no os deja, que os persigue y produce en cada uno de vosotros eso que en un día trágico, apellidó Jules Favre «fiebre obsidional». Representáis, vosotros, oh estudiantes, aquel estado de alma que señaló el patriota francés. Hay algo en todos vosotros que os obsedia y tortura.



Rincón florido

por Enrique Masías.

Tomado del natural: casa de Mrs. Jeffries, *65 vrs. al S. de la esquina SE. del Colegio de Señoritas.*

La madre ausente, la casa solariega, la novia que os vió partir entristecidos y que os está esperando confiada; vuestras hermanas, que libran su porvenir en vuestro esfuerzo; el rudo padre agricultor, doblada la cabeza curtida por el sol, sobre el arado de Triptolemo, que confía ingenuamente en que su recia labor se trocará muy presto en gloria, en luz y alivio; todas estas cosas se concretan para vosotros en las áridas disciplinas que estudiáis, y, mezclándose a ellas, se diversifican en el momento del esfuerzo, para bifurcarse en caminos que conducen rectamente, el uno, al duro deber estudiantil, y el otro, a dulces, aromadas añoranzas. «Saudades es aroma de violetas», nos dijo el cantor lusitano.

Andando por este camino, habéis buscado, encontrado y coronado a vuestra reina. Ella representa, pues, el más puro afecto de vuestros corazones, los más dulces recuerdos, los filiales deberes, la vinculación sororal, el amor pulcro, la fe en lo venidero, la atracción del terruño, la emotividad juvenil y el vigor sensitivo, inquieto, ardiente, insatisfecho.

Ya que vuestra soberana existe por la gracia de vuestros corazones, amadla, seguidla, obedecedla, puesto que ella es el espejo de todos vuestros anhelos, la meta de vuestras nobles rivalidades, la personificación de vuestras aspiraciones intangibles, el lábaro de vuestra unificación espiritual, la brújula de vuestras orientaciones, el signo, la cifra, el ápice y remate de todo lo que se siente y no puede expresarse, de todo lo que al ser dicho queda sin expresión; de todo lo que se busca con la inquietud del resultado; de todo lo que se afirma con la seguridad del éxito.

De vuestra vaguedad de aspiraciones habéis creado un sér realísimo que sueña a su vez, que vive y palpita al unísono con vosotros, y que agregará en vuestras marchas la alegría de sus cascabeles primaverales, la gracia sedante de su sonrisa intencionada y pura, la natural alegría de su inteligencia vivaz y la atracción distanciadora de su señoril porte, atributos que, como en el símil del orientalista, parecen fundirse en matices tan indeterminables como los del cuello de la paloma, con los dones de aquellas otras damas de selección que fijaron vuestras miradas en el regio concurso, pero cuyas gracias, preeminencias y méritos solicitaron con tal vehemencia la admiración juvenil, que, en la apasionada disputa os permitieron a muchos de vosotros acordaros en la rival que las compendia a todas por la gracia, dejando a sus competidoras dentro del cerco inexpugnable de su belleza, de su mérito propio, de su excelencia indiscutida y de su incontrastable simpatía.

Recordad una vez más que son Minerva y Psiquis que están delante de vosotros, personificando la idealidad inaprehensible, quienes, hechas realidad, representan a Colombia. Ella espera de vosotros el esfuerzo supremo. Su porvenir está vinculado a vuestros empeños. Si triunfáis, vuestra victoria será la misma de la patria; si sucumbís, arrastraréis también en el fracaso a la república.

Mas no. Esta hipótesis no es admisible siquiera. Si existen reglamentaciones inadecuadas, el pensamiento y la libertad pueden más que ellas. ¿Quién os impedirá volar sobre las más altas crestas de la rutina, si vuestra orientación es segura, si vuestra voluntad es recta, si vuestra inteligencia se dirige hacia lo verdadero?

Recordad a Nariño, a Torres, a Caldas, a Zea y a tantos otros próceres que facilitaron el advenimiento de la equidad política. La verdad, la justicia y el bien son instrumentos de precisión moral que Dios ha puesto al alcance de todos.

La burbuja de los niveles es fórmula abierta a los que tienen ojos. La radioactividad de la divina palabra abarca, alcanza y vivifica todos los problemas. «La verdad os hará libres», díjose há ya veinte siglos. ¿Y qué otra cosa hace sino holgarse en su libertad, el marino que observa el barco que él dirige, desde la tranquilidad de su aposento, cortando el mar seguramente, al ímpetu de la verdad del vapor, y de la verdad de las cartas náuticas que lo han libertado del espacio y el tiempo?

Con mayor intensidad, grita análogamente el piloto de las naves aéreas, emancipado también por las verdades que le son necesarias. Del mismo modo claman el maquinista de la ferrovía y el amo de la carretera. ¡La verdad los ha libertado de tántos obstáculos ena tes insalvables!

Y si de estos campos del pragmatismo positivo queréis ascender un momento hasta el orden moral, encontraréis los mismos resultados benéficos para la solución de aquellos problemas insolubles al parecer, que dividen las razas, los estados y los hombres. Estos, a semejanza de ciertos minerales, son un producto que tiene su medio exclusivo de solubilidad: si el azufre, en éter; la desigualdad humana, en la caridad y el amor.

Sed, pues, vosotros, bajo la égida de vuestra gentil soberana, los heraldos del amor invicto, fecundante, creador, nivelador, indulgente. «El futuro será de quien ame y perdone».

No olvidéis que este leve instante en que estamos es de trascendencia suprema en el eterno encadenamiento de las

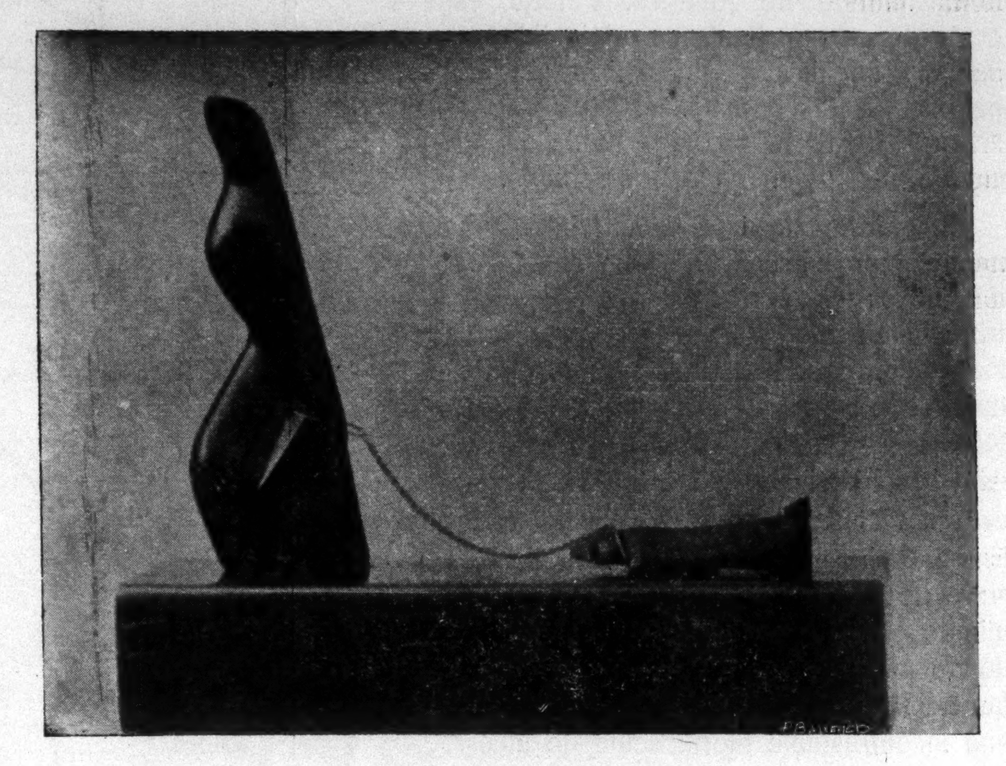
Max Jiménez

Max Jiménez es un escultor muy joven cuyos mayores esfuerzos se encaminan a la originalidad. Se conocen de él excelentes dibujos en donde prueba que sabe apoderarse de la naturaleza, pero su obra de escultura actual—en busca de síntesis atrevida—no tiende sino a dar fórmulas breves y sugestivas. Deliberadamente llega a los confines de su arte para sacar de él impresiones nuevas. Se necesita aceptar su punto de partida y para gustar de sus obras, renunciar a encontrar en ellas la descripción literal de las cosas.

En el camino que ha escogido hay que considerar que presenta felices ensayos; que hay una linda curva en su figura de la mujer en cuclillas en bronce curiosamente patinada de azul; la interesante osadía en la línea sencilla que encierra dos figuras en el gesto del beso; que la estatua femenina que hace en la madera, ofrece un corte interesante y que sus experiencias como escultor humorístico, son espirituales. Max Jiménez aborda el arte difícil con una lógica audaz. Es un espíritu curioso y un hábil ejecutante cuyo desenvolvimiento excluirá de su arte la banalidad.

GUSTAVO KAHN.

(Versión del francès: CARMEN LIRA).



La mujer con el perro, por MAX JIMÉNEZ

Obras de Max Jiménez en la Exposición del 18 de octubre a 5 de noviembre de 1924. Galería Percier 38, Callle de la Boétie, París:

1. Cabeza (piedra).
2. Dos cabezas (piedra).
3. Figura en cuclillas (bronce).
4. Dos figuras (bronce).
5. Venus (terracota).
6. El trabajo de la tierra—geórgica—(terracota).
7. Mujer (madera).
8. La mujer con el perro (madera).
9. Mujer de pie (madera).
10. Figura (madera).
11. Pietá (cobre).
12. Maternidad (yeso).
13. Dibujo.
14. Dibujo.
15. Dibujo.

---

causas. Imperioso nos es aprovechar el instante en que el ave del porvenir se ha posado sobre la rama florecida de nuestras esperanzas. Es preciso captarla: ¡aprisionémosla! Conquistadla vosotros, que tenéis la inteligencia, la juventud, el entusiasmo, la vida! El minuto oscilante es el padre de los siglos.

Enjaulad el ave mirífica entre los áureos barrotes de la sabiduría y ofrendadla en tributo a vuestra soberana, que simboliza a la patria, diciéndole: «Aquí tenéis esta ave extraña, como ofrenda de la juventud, que significa el ensueño fugaz. Consagrada está como el mejor adorno de vuestro palacio. Cuidadla, alimentadla y hacedla crecer. Ella es triste por naturaleza, porque ha sido robada a la libertad de la vida, pero se encanta con las voces dulces y reacciona a las palabras suaves; ha tenido hermanas en las remotas islas de Tidor, que cantó Camoens, de plumajes tan vivos como los suyos, pero que nunca pudieron ser cautivadas, y el nauta sólo pudo admirarlas ya muertas. Mas esta fué cogida cariñosamente por nuestras manos ágiles, como digno presente para vuestra realeza. No la dejéis morir, porque ella vive con la vida de nuestras almas. La hemos calentado en la gruta de nuestros corazones; defendido contra el hado adverso, entre la urna de hueso de nuestras frentes y la dejamos hoy en vuestras manos. No olvidéis un instante que ella es por excelencia el ave del paraíso, porque es al mismo tiempo el ave del porvenir, oh majestad!»

(El Diario Nacional, Bogotá)

El pintor peruano Masías

Apenas si tendrá veinte y siete años el pintor Masías, y ya es una gloria de la moderna pintura de América. Y todo esto a costa de su personalísima originalidad, de su audacia lumínica y poemática: porque son poemas de un cromatismo vivido, y de un lirismo altamente pictórico, cada uno de los cuadros del joven paisajista peruano.

El realismo técnico, de un sintetismo altamente impresionista, ha hecho de su plasmador, un clásico a la moderna, sin esas arbitrariedades enfermizas, sin esas impotencias de los modernistas y futuristas, verdaderos perdularios del arte. Siente, el señor Masías, la Naturaleza y la pinta como la siente, siendo esto base exclusiva de su afianzamiento en esa su técnica de un depuramiento personalísimo e inconfundible. Como nadie otro se sirve de la espátula, y en ese difícil procedimiento es un acabado maestro, porque es ahí donde su hiperestesia artística y su inquietante cromatismo se funden dulcemente en una incontrastable glorificación de luces.

Y serán perdurables las obras del joven pintor arequipeño, porque en ellas encontramos—sin sospecharlo él siquiera—las gamas riquísimas de Anglada Camarasa, el realismo de Monet, y la luz inmensa de Sorolla.



Dibujo y texto de P. Rodríguez Ruiz

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica